

Las hermanas Fernández

DANIELA FERNÁNDEZ CONOCIÓ A LAUREN SALZMAN EN Monterrey, recién pasado el milenio, en un curso de NXIVM que sus padres, Adriana y Héctor, le regalaron, a modo de despedida, cuando fue aceptada con beca completa en una escuela Suiza. Daniela había llegado a la ciudad nortea desde su natal Matehuala para entrar a un programa de preparatoria del Tecnológico de Monterrey diseñado para alumnos sobresalientes: el Bachillerato Internacional, del cual yo fui directora del área de lengua española más o menos entre el 2002 y el 2006, año cuando ella acababa de marcharse. Salzman, observando la inteligencia de la muchacha y su facilidad para manejar computadoras, la invitó a trabajar a Albany; le dijo que, además de ayudar a montar la unidad de sistemas del grupo, podría tomar todas las clases que quisiera del currículo de ESP.

La segunda de cuatro hermanos de una de esas idílicas familias mexicanas donde la madre es ama de casa, el padre tiene una pequeña empresa exitosa y los niños crecen jugando matatena en las calles de alguna ciudad de provincia, donde todos se conocen y los pajaritos revolotean en las fuentes de las plazas que huelen a

enchiladas de chile colorado, la estudiante modelo tenía todo para lograr su meta cuando la aceptaron, después de un año en el Tec, en la escuela Americana de Lausanne, con beca completa. Ella, que desde su infancia anhelaba ir a alguna universidad como Harvard y dedicarse a la ciencia, pensó que graduarse de una escuela así era un buen primer paso en la realización de sus sueños. Pero, a sus 16 años, si bien el curso en sí no le parecía sobresaliente, se deslumbró con la gente de las páginas del libro *Ricas y Famosas* fotografiada en los salones de la sede regiomontana, y se fue de espaldas cuando Lauren Salzman la invitó a trabajar junto al hombre más inteligente del mundo. Daniela no podía saber que, al posponer ese viaje de estudios, jamás volvería a pisar una universidad.

Al llegar a Albany las cosas resultaron muy diferentes de lo que imaginaba; antes de que se le unieran sus padres, dormía en casa de Loreta Garza, y sus días pasaban vaciando datos y haciendo labores secretariales en recepción, además de limpiando las casas de miembros de la comunidad, como los Salinas y los Boone. Nunca le gestionaron visa de trabajo, ni de estudiante, ni le pagaron dinero alguno, pero sí le otorgaron el privilegio de tomar cursos gratis. En uno llamado La Misión aprendió que la única “tecnología” que podría salvar al mundo era la de Raniere, quien, con su portentosa inteligencia, había hecho cálculos matemáticos fuera del alcance de los mortales, pronosticando que, de no reunir alrededor de ESP las suficientes personas y los suficientes recursos, el mundo se acabaría en unos quince años. “No había cálculos matemáticos, no había nada: todo era una gran mentira”, dice hoy la testigo. Pronto se daría cuenta de que “En NXIVM no se asciende por méritos sino por reclutamiento; entre más gente llevas, más ‘te superas’”, cuenta, añadiendo que los

niveles más elevados se alcanzan acostándose con Raniere: “Para Keith, el sexo significaba acceso”.

Daniela llevaba un año en Albany y estaba por cumplir los 18 años, aún virgen. Un buen día, harta de no tener dinero, se robó seis mil dólares del cajón de los pagos en efectivo; ése que, además del flujo de colegiaturas desde México, alimentaba la caja chica de casa de Nancy Salzman. Arrepentida, los regresó intactos al día siguiente, pero siguió sintiéndose culpable hasta que le confesó su transgresión a Raniere; éste le dijo que no se preocupara, que lo importante no era la falla, sino lo que había resuelto hacer con ella. Aliviada, Dani se fue a dormir.

Al día siguiente amaneció con los gritos de Nancy Salzman, seguidos a lo largo del día por la humillación constante de sus compañeros, quienes le decían que se había vuelto “supresiva” exigiéndole arreglar su grave falla. Ella soportó la andanada, como le enseñaron en los cursos, como parte de la penitencia, pero no entendía qué debía arreglar si el dinero había sido devuelto íntegro y ella estaba más que arrepentida. La despidieron de su trabajo, impactando su ya de por sí magra economía; no que antes le pagaran, pero podía disponer de los recursos del centro para comer y satisfacer algunas necesidades básicas.

Keith, a contrapelo del resto de la comunidad, fue aún más amable que de costumbre, prestándole su hombro para llorar en lo que Daniela reconoce ahora como la clásica trampa del policía bueno y el policía malo, con el agravante de que lo que quería el policía bueno era abusar de ella. Al poco tiempo, mientras le contaba de las peleas y dificultades por las que pasaban entonces sus padres, Raniere le robó un beso, que ella no respondió y que la dejó pasmada, pero que le causó un enorme orgullo: él, el hombre

más inteligente del mundo, a sus cuarenta y pico años, mostraba interés por una muchacha cuyo único novio, el de la secundaria, le había durado dos semanas, llegando apenas a tomarse de las manos. Los escarceos aumentaron de tono pero, ante su minoría de edad, todo quedaba en conversaciones de tocador: él se aseguró de decirle, romántico, que de ninguna manera debía recortarse el vello púbico, y que necesitaba perder unos diez kilos, llegando a lo más a 60 o 65, y recetándole, para tal fin, ayunos y laxantes.

Luego de un par de semanas de juegos eróticos, cuando él le preguntó que qué quería para su cumpleaños número 18, ella, enrojecida, le dibujó en la palma de la mano la palabra SEXO. Raniere pareció alegrarse, riendo, pero al llegar el anhelado cumpleaños ni siquiera se presentó: le hizo saber que, como no había bajado el suficiente peso, no estaba seguro de que lo quisiera a cabalidad. Pasados unos días, finalmente, la llamó. Pasó por ella y la llevó a una de sus bodegas; la vieja y empolvada sede de lo que había sido CBI, en la Plaza Roma. Había un colchón sucio en el piso. La desnudó y procedió, completamente vestido, a hacerle sexo oral. Luego se desvistió y la abrazó, quedándose así un rato, hasta que la llevó de regreso a su casa.

Los siguientes días Raniere se la pasó burlándose del poco vello que tenía, dándole en público el apodo de *Norelco*, la marca de una rasuradora. Ella había quedado avergonzada y confundida con la experiencia, y más porque, inmediatamente al llegar a su casa, recibió llamada de Raniere para decirle que no le comentara nada a su mamá; la familia entera había llegado hacía poco a Albany, al número 12 de Wilton Court, una casa cuya dueña era Clare Bronfman; a sugerencia de la misma Daniela, Mariana, la hermana mayor, se trataría allí sus trastornos de personalidad, de

abuso de sustancias y alimenticios que tantos problemas le daban en Matehuala. Pronto Pamela Cafritz se aficionaría a ella, o eso les dijeron a los padres; el asunto es que Mariana no viviría en la casa familiar, quedándose en el número 3 de Flintlock con Pam y, por ende, con Keith. Aunque había llegado allí para resolver sus problemas, Mariana pasaba la mayor parte del día durmiendo, apareciendo sólo ocasionalmente por el centro. Los hermanos más pequeños, Adrián de 15 y Camila de 13, debían enrolarse en la escuela pero, a sugerencia de Raniere, Camila acabó limpiando la casa de Nancy Salzman, para que, le dijo, aprendiera a ser independiente y a valerse por sí misma, mientras que Adrián barrería los establos de Clare y luego serviría de asistente de Mark Vicente. Debían considerarse agradecidos, les decía, por poder estar allí, cerca de él.

Fue la primera vez que Daniela le ocultó algo a su madre. No sería la última. A los pocos días Keith la llamó de nuevo, ahora para reclamarle que por qué no le había pedido usar condón; ella le dijo que no había habido necesidad, si ni siquiera la había penetrado. Él le dijo que por supuesto que sí. Ella insistió en que no, y él retobó que sí, que tenía que trabajar en pensar por qué no lo había sentido. Daniela pronto aprendería que una de las especialidades de Raniere era la de reencuadrar la realidad, volviendo victimaria a la víctima. Cuando, confundida y sin experiencia previa alguna, y un poco para que cambiara el tema, le dijo que quizá se bloqueó por nervios, él le dijo que no; que lo que pasaba es que era demasiado intelectual, que le faltaba vulnerabilidad, que debía trabajar en ser más sumisa. Daniela y Keith no volverían a tener sexo hasta seis meses después, aunque “sexo” se refería casi exclusivamente a sexo oral, practicado por ella, mientras él

vigilaba los monitores para que no los sorprendiera alguien; para las ocasionales penetraciones, ella sugirió usar la píldora. Él se negó porque, le dijo, podría engordar.

Pasó muy poco tiempo antes de que Daniela descubriera que Ranieri también se acostaba con su hermana mayor y que, al poco tiempo, se acostaría con la menor, desflorándola justo cuando ésta cumplió 15 años; debió de haberlo sospechado cuando, al poco de haber llegado a Albany, Keith sacó a Camila de la casa paterna para colocarla en el número 120 de Victory Lane, donde estaba el estudio para hacer fotos y grabaciones comprometedoras, siendo uno de los camarógrafos su hermano Adrián Fernández, apodado *Fluffy*. Camila tapizaría la puerta del refrigerador con frases obscenas, en letras recortadas: “*Pussy*” o “*I suck dick hard*”, entre otras.

Ranieri solía decirle a Daniela que a ella la trataba con más dureza porque era especial: al regresar unos días cada seis meses a México, para no exceder lo permitido en la visa de turista, Dani debía pagarse el pasaje de su bolsa, a veces en autobús, mientras que Keith conseguía el avión privado de las Bronfman para transportar a Mariana. En una de esas salidas, el 26 de octubre de 2004, el día de su siguiente cumpleaños, Daniela fue detenida por migración junto a su padre llegando a Atlanta, cancelándoseles sus visas con una pausa de un año antes de poder volver a solicitarlas. Desesperada, habiendo cortado todos los lazos de su vida anterior en México, pidió ayuda a Albany. Ranieri le sugirió que viajara a la frontera con Canadá para cruzarla con una credencial o identificación gringa falsa; la mica, procurada por Keeffe, era de calidad amateur, pero Daniela, en el asiento del copiloto al lado de Kathy Russell, distrajo al agente aduanal con preguntas bobas. Pudo llegar de regreso a Albany justo en la Nochebuena de

2004. La esperaban, sin ceremonia alguna, Raniere y su hermana Mariana; él las invitó a ambas a “dormir la siesta”. Subieron, se acostaron en la cama y de inmediato Keith se bajó los pantalones, comenzó a besar a Mariana y a toquetear a Daniela. Ambas estallaron en gritos y comenzaron a llorar, ante lo cual Vanguardia se levantó de la cama, se llevó a Mariana y dejó a Daniela asqueada, confundida, sola y en un mar de lágrimas. Esa fue su Navidad de regreso a Albany.

A partir de allí Raniere mantuvo el estatus de ilegal de Daniela como espada sobre su cabeza. Ella pedía, para poder ganar algo de dinero, que le dieran trabajo; comenzaron a pedirle resúmenes de libros porque, le afirmaban, el tiempo de Vanguardia era tan precioso que no podía molestarse leyéndolos completos. Nunca le pagaron por ellos porque, decían, los entregaba tarde o estaban mal hechos, así que se las arreglaba trabajando como mucama, limpiando casas y arreglando los libros y discos de la biblioteca de Raniere. Pronto encontrarían un mejor uso para sus talentos: ante la corte, Daniela señaló que, en su continua búsqueda de información comprometedoras contra los supuestos enemigos del grupo, Kristin Keeffe había contactado a una persona que les cobraba 24 mil dólares por cada contraseña ajena. Keeffe le preguntaba a Raniere a quién investigar, él le daba nombres y ella lo llevaba a cabo. La primera vez entraron al correo electrónico de Kristin Snyder quien, sin incidentes psiquiátricos previos y a dos días de haber comenzado uno de los cursos de ESP en Anchorage, huyó y desapareció en febrero 6 de 2003, a sus 35 años. Su camioneta se encontró al lado de un lago con una nota que decía: “me lavaron el cerebro y mataron mi centro emocional. Mi piel siente, pero me estoy pudriendo por dentro. Avísenle a mis padres y no

busquen mi cuerpo”. Para evitar la mala publicidad, a instrucción de Raniere, intervinieron la cuenta de Snyder para enviar correos y hacer creer que aún estaba viva, y luego para ligarla a un cartel de drogas. La maniobra no era exclusiva de Albany: la corte vio correos de Edgar Boone, de 2005, donde le escribe a Ankit Fadia, un experto en seguridad cibernética e instructor de cursos en “Hacking Ético”, pidiéndole le enviara el software prometido, uno que Boone usaría para espiar teléfonos celulares. Lo sabemos porque Loreta Garza le envió el mensaje a Daniela, para que ésta se cerciorara de que fuera legítimo; lo mismo hizo Farouk Rojas, quien le facilitó a Fernández parte del software espía.

Daniela, con su único año de prepa, aprendió a intervenir computadoras por su cuenta con cierto éxito: con 500 dólares proporcionados por Pamela Cafritz compró una máquina nueva, ocultó su IP, usó internet público, montó servidores múltiples y bajó el software adecuado. Le pasaba a Raniere un dispositivo con copias de los correos electrónicos relevantes de sus víctimas, que revisaba en la madrugada, cuando era menos riesgoso que alguien más usara las cuentas y detectara la intromisión. Una de éstas fue la de Edgar Bronfman, el padre de Clare y de Sarah; por años Daniela filtró y clasificó las comunicaciones entre el padre de las hermanas y sus amigos políticos, empresarios y jefes de Estado, pasándole las transcripciones íntegras de estas conversaciones a Raniere.

Para ese 2006 Vanguardia seguía teniendo relaciones con las tres hermanas: Mariana, Camila y Daniela. Dani, al habersele negado el permiso de usar anticonceptivos, se embarazó justo al cumplir 20 años. Estaba asustada y confundida, aunque segura de no querer al bebé: no quería un bebé y no quería, específicamente, un bebé de Raniere. Cuando fue a decírselo él no mostró emoción

alguna, confirmándole solamente que debía abortarlo. Le dijo que Pamela se encargaría de todo. Hablar con su madre era un imposible: por un lado, por los problemas recurrentes entre ella y su marido y, por el otro, porque los padres ignoraban la intimidad de Raniere con las tres de hermanas. Cafritz le hizo entonces la cita con los ginecólogos de cabecera del grupo, los de la clínica de la mujer del Dr. Mc Guinnis, y le construyó una historia que debió aprenderse como un guión, por su estatus de ilegal y por su edad, para no comprometer a Raniere. Pamela pagó el procedimiento y se fue. Daniela regresó a su casa, tomó las pastillas y esperó. Cuando llegó el dolor y el abundante sangrado, estaba sola. Era la primera vez en su vida que visitaba a un ginecólogo.

Días después, ya respuesta, Raniere la visitó, sacándola a caminar. Una vez afuera le dijo que no debía desaprovechar esa magnífica oportunidad de perder peso; que muchas atletas abortan sólo para tener la inyección de hormonas que les permite ponerse en mejor forma.

Pronto Daniela se enteraría de que Mariana también se había embarazado de Raniere, dos veces, y que Camila, justo a sus 18, no tardaría en empatarlas. Mariana abortaba por su cuenta, pero Daniela se ofreció para acompañar a Camila con los Mc Guinnis. Cuando, después de revivir la experiencia, Daniela confrontó a Raniere, éste le dijo que no era para tanto; que muchas otras mujeres de la comunidad habían tenido intervenciones similares, que Pamela pagaba todo y que nadie tenía por qué enterarse.

A fines de ese mismo año Daniela conoció a un chico, Ben Meyers, estudiante del centro de Albany y empleado de tecnología. Tuvieron un breve enamoramiento que, sin precedente en su vida, sintió como algo agradable, algo de lo cual quería más;

a Ranieri lo idolatraba, pero sus encuentros con él eran secos, mecánicos, sin las atenciones y cariños que éste le daba a Pamela o a Mariana. Con Ben, por primera vez, sintió mariposas en el estómago y un genuino deseo físico. Se lo dijo a Keith, escribiéndole un mensaje: “No te veo de la misma manera que antes. Estoy pensando en hacer una vida propia... mi vida no tiene valor... quiero ser autosuficiente, ir a la escuela. Ya no te extraño... quiero regresar a mi vida como era antes de conocerte”. Ranieri le contestó así: “Necesitas reparar y restaurar tus sentimientos hacia mí. Es el peor error de tu vida... necesitas sentir mucho más dolor”, y le pidió terminar con Ben. Ella se rehusó, diciéndole a Vanguardia que debían ser sólo amigos. Como nunca antes, Keith explotó. Con la cara escarlata y a gritos le dijo que había dejado de ser pura, que le había hecho mucho daño, que perdería todo lo que había construido, que todo se había acabado para ella, que era una engreída; que él, como ser superior, nunca se enfermaba, pero que cuando sus mujeres lo traicionaban le afectaba físicamente, causándole fiebre y dolor. Daniela le retobó: “Keith, no uses esos trucos conmigo, no trates de hacer conmigo lo mismo que haces con tus otras mujeres: yo soy tu amiga”. Él, pasmado de que no funcionaran con ella sus viejos trucos, salió corriendo. Daniela lo persiguió a su casa, donde él se encerró en el baño. Cuando finalmente salió, se metió a uno de los cuartos, con ella detrás; viéndose acorralado, la sujetó de un brazo, la arrojó al piso con violencia y huyó a la calle. Daniela no lo siguió más.

El idilio con Ben duró apenas unas semanas, pero a partir de ese fatídico día su vida cambiaría: Ranieri no permitía su presencia donde él estuviera, y fue marginándosele de todas las actividades, rechazada por todas sus otrora amistades y reencua-

drada como problemática, como quien había cometido una enorme transgresión; como “supresiva”. El de por sí poco dinero dejó de fluir, y por su estatus de ilegal no tenía manera de emplearse. Pero aún se esperaba que hiciera sus trabajos habituales: mantener la red de tecnología de NXIVM, catalogar y archivar toda la biblioteca de Raniere —*Dinero Gratis para tu Vida y Proyección Astral*, además de uno de los ladrillos de Carlos Salinas sobre México, entre los títulos— y redactar documentos varios. Un día, al darle mantenimiento a la computadora de Raniere, Daniela encontró en un archivo oculto cientos de fotos de la entropiada de sus mujeres: entre otras Lauren Salzman, Barbara Jeske, Dawn Morrison, Barbara Bouchev, Loreta Garza, Pamela Cafritz, Mónica Durán, Kathy Russell, sus hermanas Mariana y Camila, y las de ella misma.

Vanguardia no estaba dispuesto a hablarle, así que decidieron usar correo electrónico para comunicarse. Raniere le escribiría pidiéndole que espiera a su propia hermana, Mariana, interviniendo su Facebook para ver si ella le era fiel. En uno de estos correos, mostrados a la corte y respondiendo a la repulsión mostrada por Daniela a lo encontrado en las comunicaciones entre Keith y Mariana, Raniere le pregunta: “¿Qué quieres decir con ‘asqueroso’? ¿Por qué quisieras que lo eliminara? ¿Qué? ¿Ya no te acuerdas a lo que sabe?”

Raniere le pediría obsesivamente que le describiera sus encuentros con Ben: ¿Cómo la tocaba? ¿Dónde? ¿Cuántas veces? ¿Qué sentía? “¿Te tocó entre las piernas?”, “¿Cómo?”, “¿Tú respondiste?”, “Sigues sin darme detalles de cómo manipula tu vagina”. Además, le seguía pidiendo fotos de ella desnuda, incluso con mayor frecuencia que antes. Le decía que eso era progreso; que con esas fotos ella demostraba su vulnerabilidad, su humildad

ante él. Le pidió una donde se viera su cara. Ella se rehusó, y él le contestó que “Ojalá me amaras lo suficiente como para dármele todo en tus fotos”.

Mientras tanto, la comunidad entera, por instrucciones de Ranieri, procedió a castigarla, diciéndole constantemente que debía arreglar el gran daño que había hecho, que era una mujer indulgente y soberbia, que había deshonrado a Vanguardia, debiendo arrepentirse y rectificar. Se vio desterrada por todos, hasta por su familia que, por instrucciones de Keith, le quitó todas sus “gratificaciones”; la comida que le gustaba, su intención de estudiar para graduarse de prepa abierta, sus libros, el ejercicio, la televisión, el teléfono y la computadora. Sólo podía usar ésta última para trabajar y para reportar sus pensamientos, sentimientos y actividades domésticas a Karen Unterreiter, su asesora, cada 15 minutos.

“Debes vivir sentimientos de extremo dolor al no tenerme para que arregles las cosas”, le decía Ranieri, remitiéndola a la película *La Misión*, una de las favoritas de Vanguardia, porque Rodrigo, el héroe, “Nunca tuvo necesidad de que le exigieran reparar su transgresión ética”. Se le ordenó adelgazar y, un día, cuando, hambrienta, tomó comida del refrigerador, le pusieron a la puerta de la cocina una llave que tenía toda la familia, menos ella. “En todos los aspectos de mi vida, Keith era el único camino que podía proveerme de lo que tenía, de lo que necesitaba.” De 70 kilos pasó, en 36 días, a 60; la “dieta NEXIVM” consistía en tomar, por 40 días, el consabido té de agua con limón, polvo de chile y miel de maple, además de laxantes y enemas con sal, al gusto. El peso señalado como ideal para ella por Ranieri era, con 1.70 de altura, de 55 kilos; debía escribir largas cartas diarias de amor, y de dis-

culpa, anexadas con una lista de sus defectos y debilidades, y de las reparaciones que debía hacer. Keith la culpaba de que la comunidad la viera con lástima, diciéndole que si ella les dijera a todos que era su voluntad encerrarse hasta resolver sus transgresiones, en vez de aparecerse por todos lados con ojos tristes, quizá podría avanzar más rápido en su recuperación: “Debía dejar bien claro que yo quería los castigos para crecer; que había deshonrado mi relación con Ranieri y que, cuando él había tratado de ayudarme, yo lo desdeñé”.

Pero todo lo que hacía, todo lo que hizo desde ese fatídico día cuando le dijo a Ranieri que lo dejaría, era asumido por todos los que la rodeaban como un error, como una nueva ofensa contra el amado Vanguardia, quien explicaba que las dificultades de Daniela se las debía ella misma a su gran soberbia, o a que era indulgente consigo misma, sin jamás explicar la naturaleza de su inexistente falla; sin que nadie de la comunidad preguntara en qué había consistido el pecado que ameritaba tan tremendos castigos.

Ranieri, Unterreiter y Lauren Salzman reprendían a Daniela incesantemente, cargándola de calificativos insultantes y restringiéndole el gran daño que había causado no sólo a Keith sino a toda la organización; sus “quiebres éticos” y defectos, reales o imaginarios, se convirtieron en el centro de su vida. Cuando ella les decía que sentía que le habían cortado las piernas, Keith le escribía, en correos electrónicos mostrados a la corte: “Quizá necesitas que además te corten los brazos, para que sientas más dolor”, y “Es por tu orgullo enfermizo que tienes tantos problemas; arregla tu ruptura ética, pedazo de mierda”. Cuando ella le contestaba que por qué la trataba así, Ranieri se disgustaba y le decía: “¿Ves? Sólo debes contestarme que sí, y nada más”. Ranieri se

aseguraba que el único camino para su salvación y, muy pronto, su única referencia y contacto con la realidad, fuera él: “Necesitas obsesionarte conmigo, es la única manera”.

Luego de meses así Daniela fue convenciéndose de su falta de valor, de sus incapacidades y fallas, llegando a pedir perdón, sin saber bien por qué, de mil maneras: “Cualquiera que sea mi capacidad de amar, tú eres dueño de toda ella, eres mi dueño. Realmente te amo”. Cuando la fiscal Penza le preguntó que por qué no mejor se iba de allí, Daniela contestó que para entonces no conocía otra vida; que su familia entera estaba allí, a los pies de Ranieri, que no tenía un centavo y que ya no le quedaba vida alguna en México, habiendo cortado con todos sus universos conocidos cuando a los 16 años renunció a su beca en Suiza para seguir a Lauren Salzman a aprenderlo todo de los labios del hombre más inteligente del mundo.

Sus padres apoyaban, antes que el bienestar de su hija, las decisiones de Ranieri; difícil de entender, aunque no hubieran sabido que Vanguardia tenía sexo con sus tres hijas. Para entonces Daniela debía pedir permiso hasta para salir de su casa y, en una ocasión, cuando la descubrieron haciendo algo indebido, en pleno invierno, le cerraron la puerta y la obligaron a pasar la noche afuera, en la nieve, sin abrigo alguno. Esto continuó por varios días, hasta que se refugió en una lavandería pública, donde un hombre le dio cinco dólares para que comiera algo de la máquina expendedoras. Cuando por fin la dejaron entrar, estaba sucia y hambrienta, y les dijo que la perdonaran, que estaba arrepentida. Su madre la rechazó, diciéndole que “hay disculpas, y hay disculpas sinceras”. En la corte, al narrar el pasaje, la voz se le volvió un hilo cuando dijo: “Eran mis padres. Mis padres”.

Por increíble que parezca, a Daniela le esperaban cosas mucho peores. Luego de cerca de un año de este trato, acordó con Karen Unterreiter que iría en persona a pedirle perdón a Raniere. Éste la citó en su biblioteca del número 8 de Hale Drive. Cuando abrió la puerta, ella quedó paralizada. En ese pequeño momento de lucidez no pudo decirle nada. Pedirle perdón, ¿de qué? ¿De haberse enamorado de alguien más? ¿De haberle dicho que quería dejarlo? ¿De no haberse quebrado ante su voluntad y sus caprichos? ¿De haberse rehusado a sometérsele, conservando su dignidad? Pasaron mirándose segundos que se hicieron minutos, hasta que Vanguardia cerró la puerta. Ella se fue a su casa, y le dijo a sus padres que quería regresar a México, a vivir una vida simple. Pero sus papeles estaban en manos de Raniere, y el no haberle pedido perdón la confirmó como una persona irredimible, una que rehusaba sometérsele. Eso bastó para ganarse los peores castigos, de su familia y de la comunidad entera.

El 30 de mayo la corte escuchó un audio donde Raniere le explica a la madre de Dani, Adriana Aguilar, con la traducción de Mariana, el por qué debe endurecer aún más el castigo de Daniela. Raniere tenía en mente la reclusión absoluta, una que habría de durar casi dos años. No ordena nada, pero sugiere todo: le dice a Adriana, sin jamás citar defecto o falla específica, que Daniela desperdició irremediabilmente su lugar privilegiado en la salvación del mundo que traería NXIVM, causando daños irreversibles y deshonorándose. Que lo último que debía hacer era mandarla de regreso a México: “Si yo fuera su padre, y ella quisiera irse a México, yo no le pondría fácil escapar de sus responsabilidades. No importa qué fuera necesario hacer, le haría saber que eso no está bien... le daría a elegir entre hacer lo correcto o perder a su fami-

lia para siempre. A veces hay que ser así de estrictos. Si Daniela regresa a México sin recibir sanciones severas, eso sería como decirle que lo que hizo está bien. Sé que es duro, pero a la larga usted se va a sentir mejor... Yo he tratado de ayudarla (a Daniela) pero estoy perdiendo la paciencia”. La madre intenta interceder por ella; dice que, al menos, le permita inscribirse al triatlón que Daniela deseaba. Ranieri la acota con la siguiente metáfora: “Dani sólo quiere hacer lo que se siente bien, en vez de sanar su ruptura ética. Si fuera en un coche y atropellara a un niño, ¿iría a un triatlón sin reparar el daño? ¿Se iría a México?” La fiscal Penza le preguntó: Daniela, ¿Mataste a un niño? Y ella contestó que no. Cuando le preguntó qué fue lo que hizo, Daniela contestó: “Besé a Ben Meyers”.

Nadie, nunca, había rechazado así a Keith Ranieri, el hombre que no se mojaba bajo la lluvia; el que alteraba el clima; desestabilizaba las computadoras y provocaba que las parejas sexuales que tragaban su semen vieran un destello de luz azul. El imperdonable pecado de Daniela fue concluir que Keith Ranieri era un hombre normal. A sus muchas disidentes de rompe y rasga la había podido catalogar de locas, de enemigas, de malvadas, pero esa muchachita de apenas 20 años que, en calma, le dijo que contemplaba un futuro sin él, lo había dejado helado. “Elegiste amarlo a él (Ben Meyers) cuando podrías haber elegido amarme a mí”, le diría después.

Lauren Salzman fue quien sugirió aumentar el castigo. Cuando Ranieri le ordenó a Daniela encerrarse, le dijo: “Si no lo haces, y si regresas a México, perderás a tu familia para siempre”. Cuando ella le preguntó que cuánto tiempo, él le dijo: “Cuanto sea necesario”. Ranieri entonces llamó a la madre de Daniela y dictó senten-

cia: Daniela debía vivir en un cuarto, vaciado de todo menos de un colchón en el piso, con la ventana tapiada y sin contacto humano alguno fuera de las ocasionales visitas de Salzman, esparcidas a veces de mes a mes; ni siquiera podía ver o comunicarse con el resto de los habitantes de la casa, su propia familia, que poco objetaron al ser convertidos en mudos carceleros de su propia hija y hermana. En las páginas de Facebook de sus hermanos y de su padre, durante sus años de cautiva, encontramos fotos de amigos, de viajes, de vida, sin una sola mención de la hermana confinada al silencio y al ático. Su único accesorio sería un lápiz y abundante papel, donde debía escribirle a Raniere, diario, una carta enumerando sus muchas fallas y rogándole el perdón.

Cuando supo lo que le esperaba Daniela se escapó, con unos cuantos centavos que tenía, para llamarle desde el teléfono público de una tiendita cercana a Meyers y pedirle que la llevara lejos, que la sacara de allí. Éste nunca contestó el teléfono ni le regresó la llamada; Meyers terminaría casándose con Michelle Salzman, la hija de la Prefecta y hermana de Lauren. Sin dinero, sin papeles, sin escolaridad, con estatus de ilegal y sin lazos humanos dignos de tal nombre, Daniela regresó a la casa familiar como un becerro al matadero. En otro descuido de su familia tomó por un momento una computadora de las de la casa y entró, clandestinamente, a su viejo correo electrónico. Miró las redes sociales de sus compañeros, y los de sus amistades de la infancia y juventud, y se dio cuenta de que, luego de siete años orbitando exclusivamente alrededor de Raniere y de NXIVM, dos de ellos haciendo lo que ella llamaba “una vida monacal”, para el mundo exterior había dejado de existir por completo. Fue la única vez, en todo su atroz testimonio en la sala de la corte, cuando lloró, mientras Raniere la

miraba sin expresión alguna; el mismo gesto que éste mantuvo durante todo el juicio. Daniela diría después que Vanguardia sólo se animaba cuando hablaba de *Star Trek*.

¿Cómo aceptó Dani meterse por su propio pie en un cuarto y quedarse allí durante casi dos años? Quienes no han tenido experiencia con sectas o grupos religiosos se asombran de la manera como las víctimas parecen obedecer mansamente las peores demandas de sus victimarios. Lo que hay que recordar es que esta sumisión no se da de manera súbita, ni en el vacío: hay un trabajo previo de aislamiento, de desintegración del sentido del yo y del sentido de la realidad que, tarde o temprano, logra romper todo juicio. El caso de Daniela lo ejemplifica a la perfección, con una salvedad: ella nunca claudicó del todo, logrando, a pesar de la tortura sostenida y sistemática, con la complicidad de quienes ella tomaba como sus maestros, sus amigos y su propia familia, escapar de la cárcel mental y luego física donde se hallaba metida. Y esa resistencia fue lo que Raniere, quien se creía el maestro de su universo, no le pudo perdonar, haciéndolo ensañarse con ella como con nadie más.

Daniela le describió a la corte la habitación donde vivió entre el 2010 y el 2012. Un cuarto común, no demasiado grande. Al frente, la puerta hacia el pasillo. A la derecha, la puerta del baño, que se compartía con otra recámara que no podía pisar. Al otro lado de la puerta de entrada, una ventana, que fue tapiada con cartones pero que ella desprendió de una esquina para ver hacia afuera. Su único mueble era un colchón de hule espuma colocado a ras del piso. Duraba semanas con la misma ropa, antes de que le proporcionaran algún cambio; mientras, la que traía puesta la lavaba en la regadera. En el baño, leía con fruición, hasta aprendérselas

de memoria, las etiquetas del champú. Con el tiempo logró entrar en estados mentales de trance, saliendo de ellos cada mes o dos meses cuando recibía las visitas de Salzman, quien se quedaba apenas unos minutos sólo para ver si estaba bien, siempre diciéndole que era soberbia, que no hacía nada para arreglar su transgresión, que era ingrata, recordándole lo mucho que le debía tanto a NXIVM como a Vanguardia. A pesar de lo obviamente negativo, esas distracciones la emocionaban: veía los colores de la ropa de Lauren, olía su perfume, y esos estímulos la alimentaban. Cuando tuvo un severo dolor de muelas pasaron semanas antes de que alguien la llevara al dentista. Al año, la madre, en solidaridad, se encerró ella misma en el cuarto contiguo, pero sin hablarle. Cuando Adriana recibía visitas, las voces que se escapaban por el baño que conectaba las dos habitaciones le daban a Daniela una enorme alegría, mezclada con rencor. Debía escribirle cartas de arrepentimiento a Raniere, que terminaron sirviendo para hacer sus detallados diarios, con letra bonita y ondulante, donde se llamaba a sí misma “la Habitante”. Allí registraba constantemente su peso, los cambios de luz en la ventana y sus pensamientos interiores; hay un vale por todas las fiestas de cumpleaños que *Bobo* —el apodo que le daba a ella su familia— le haría a sus padres y hermanos cuando saliera. Lauren —a quien Daniela llamaba “el Visitante”—, en su testimonio, dijo que Raniere nunca las leyó. Vemos en esos dibujos, siempre tristes, de trazo fino y elegante, y en esos recuentos, llamados por ella misma el *Wilton Times*, cómo se aferra a la razón, a una especie de lucidez que debe fabricarse ella misma, aunque a veces fracasara, viviendo frecuentes alucinaciones y sufriendo pérdida de la noción del tiempo, con pensamientos oscilando entre la incoherencia, la

rebelión y la culpa. Su familia muda le dejaba tres veces al día afuera de su puerta un plato con comida, generalmente cruda y a veces en mal estado; ella agradecía el cambio en los sabores, aunque fueran a podrido y le causaran problemas estomacales. Se imaginaba constantemente el mundo exterior, viéndose a sí misma allí, libre. Se acurrucaba y se rascaba los brazos hasta enrojecerlos, para sentir algo. En sus diarios, mostrados en la corte, se leen estos pasajes: “No entiendo por qué me hacen esto”, “Por favor sáquenme de aquí, ¡me estoy desintegrando!”, y “¡Aire, necesito aire! ¿A dónde se fue todo el oxígeno?”.

En una ocasión escuchó más conmoción que la de costumbre; su madre acababa de recibir la noticia del asesinato de un viejo amigo, con quien ella había sostenido una relación, quizá un romance. Adriana empacó y salió de allí para ir al entierro pero antes, rompiendo la prohibición, se despidió de Daniela abrazándola y diciéndole, “Estás lista. Lo puedo ver”. Daniela se emocionó, pensando que pronto la liberarían, o que su madre, al regresar, la rescataría para llevársela con ella a México. Pero Adriana nunca regresó.

Cuando se animó a romper una esquina del papel de la ventana, los conejos que de repente pasaban por el jardín, así como una familia de pájaros en las ramas de los árboles vecinos, le dieron algo de alegría. En otra ocasión, para espantar el tedio, y para ejercer lo poco que le quedaba de libre albedrío, con el cuchillo que le daban con la comida, cortó su largo y hermoso cabello, negro y sedoso, antes hasta la cintura. Cuando Lauren la vio y se lo reportó a Keith, éste le hizo saber que esa era una transgresión más; que no podría salir hasta que el cabello creciera como estaba antes. Dani le escribió entonces: “Cortar mi cabello no fue sólo

una decisión emocional más. Implicó destrucción de valor que ignoré por completo... Decisiones como ésta son gran parte de la manera en que he vivido hasta ahora, que ha sido tan indulgente y dañina, y es precisamente esta vida y este proceso de decisión lo que vine a sanar a este cuarto”.

Tras cien semanas de encierro, Daniela había logrado juntar suficiente cantidad de productos de limpieza como para intentar suicidarse. Mirando por el hoyo del papel de la ventana, vio acercarse al pajarito, mirarla de frente y volar de nuevo. Ese gesto metafórico le bastó para, súbitamente, maldecir a todo y a todos: “A la chingada. Voy a salir de aquí”. Era de noche y no había nadie en la casa. “Lo único que quería era vivir”, pensó. Fue a las canchas de volleyball donde sabía que el grupo se reunía y buscó la mirada de Ranieri; Vanguardia, cuando la vio palideció y se fue corriendo, lo más rápido que pudo, a esconderse.

Daniela sería llevada a México lo antes posible. Luego de pasar dos años privada de todo contacto físico y humano fue conducida de Albany a México por su padre y, para asegurarse de que no se le fuera ocurrir ir a la policía a reportar el abuso y el secuestro, por Kristin Keeffe. La botaron, a pie, con lo que llevaba puesto, mil 500 pesos y el reloj que le dio subrepticamente su padre, a la orilla de la frontera mexicana. “Haz todo lo posible por regresar con nosotros”, le dijo éste, antes de volver a Albany. Ese día, un 14 de febrero de 2012, Keeffe le enviaría a Ranieri un texto diciendo: “El artículo fue exitosamente recibido en México”.

Del lado mexicano la esperaba un antiguo empleado de la familia para conducirla a San Luis Potosí, la capital de su estado natal. Desde la carretera vio la silueta de la casa de su infancia en

Matehuala y sintió que habían pasado miles de años. De allí tomó un autobús a Mérida, lugar que eligió por haber leído en algún centro de negocios de alguno de los moteles gringos por los cuales pasaron hasta llegar al sur que era la ciudad más segura de México. Para que no se le acabara el dinero dormía en las centrales de autobuses, y evitaba comer; la única parte de su entrenamiento de NXIVM que le sirvió para algo.

Una vez en Mérida empeñó sus aretes, y un buen hombre la condujo a un hostel, donde compartía un cuarto con ocho personas más. Consiguió trabajo en una tienda de computadoras, cuyo dueño la acogió a pesar de no tener documento alguno —Su pasaporte y acta de nacimiento le fueron retenidos en Albany; si hacía los suficientes resúmenes de libros para pagar todo lo que les debía, le dijeron, quizá pudieran devolvérselos—, y pudo alquilar el cuarto de servicio de la casa de una familia que la trató con cariño. Su diligencia y sus muchas aptitudes la llevaron, entre otras cosas, a darle clases de inglés a los niños de una mujer que trabajaba en una organización de Derechos Humanos; ésta le consiguió una copia de su acta de nacimiento y, con su identidad, le regresó su vida: la capacidad de abrir una cuenta de banco, de asumirse persona y de obtener trabajos dignos. No volvió a ver a nadie de la comunidad hasta la boda de Emiliano Salinas, cuando todo NXIVM descendió sobre Mérida, con las Salzman, los Boone y Loreta Garza entre los invitados: una de las cenas previas a la ceremonia fue en el restaurante que ella administraba. Hoy Daniela regentea a 250 empleados en una fábrica manufacturera, llevándola su puesto a viajar por el mundo entero, mientras Vanguardia se pudre en una celda, en confinamiento solitario, con una hora al día para comer sin más compañía que unos guardias

que le tienen todo menos simpatía. Como solía decir Ranieri: “El más feliz es el que gana”.

A principios de junio, por terminar el juicio, el jurado vio un copioso intercambio de mensajes de texto y correos electrónicos entre Camila Fernández, la hermana menor de Daniela y Mariana, y Ranieri, presentados por Morgan Rees, la agente del FBI encargada de revisarlos. Las fechas de los mensajes prueban que la relación sexual de Ranieri, de cuarenta y tantos, con Camila, comenzó cuando ella tenía alrededor de 15 años; el correo de ella es ViCiBaby@gmail.com, o V. C. Baby: Virgen Camila Baby, como la llamaba él.

Los miles de mensajes comienzan por 2009, poco después de que Camila llegara a Albany, y terminan en la navidad de 2015, transitando Ranieri de tierno seductor enamorado a torturador perverso: En un SMS inicial ella le llama *lollipop*, o paletita, y él le contesta: “A las paletitas les encanta que las chupen sus esclavas obedientes”; mientras que en los finales, Camila le escribe: “Te he pedido una y otra vez ayuda con mi bulimia, y tú sólo me contestas ‘enflaca primero y luego te ayudo’”. Nunca como en estos intercambios, íntimos y crudos, vemos despuntar la locura de Ranieri, su megalomanía y sus tremendas inseguridades. La tesitura de los mensajes, en general, es parecida a los que vimos con Daniela: la víctima es retratada como victimaria; el escrutinio, el control y el juicio sobre ella es tan duro como constante —debiendo pedirle Camila permiso para comunicarse con su familia, para ir a la tienda, para salir a correr; para cualquier cosa fuera de la agenda diaria acordada antes con él—; las peticiones de lealtad única y el aislamiento del mundo antes conocido y querido son incesantes y las agresiones, pasivas y no, están diseñadas para sobajarla, para aniquilar su autoestima, su juicio crítico y su sentido del yo.

Leemos a Ranieri: “No eras precisamente mi pareja ideal; no tienes mucha educación formal, no eres una atleta reconocida ni haces música, pero bajé mis estándares por ti, porque te quiero, y mira lo que gano”; “Obedéceme al 100 por ciento; voy a hacerte una prueba pronto y cualquier falla es inaceptable. Me tienes que merecer”; y el siguiente diálogo:

R: ¿Viste a XXX?

C: No.

R: Necesitas decirme “no, amorcito, te quiero”, necesito que seas más cariñosa; ¿Cómo vas a arreglar eso? ¿Cómo vas a reparar el daño que me haces? Necesito que me demuestres que realmente te importo.

C: Sí.

R: “Sí, mi amor”.

Los detallados controles corporales y sexuales que Ranieri le exige a Camila son eméticos: en una ocasión, ella le pide permiso para rasurarse el vello púbico. Él se lo da, pero con la condición de que le guarde lo que cortará; al tiempo, él le pregunta, “¿Lo guardaste? Se supone que es mío”, y cuando ella le dice que no, que pensó que era una broma, él la reprende severamente, luego la interroga: “¿Qué tanto te cortaste? ¿Dónde?”

A fines de 2014, a sus 20 años, Camila toma un par de amantes. A través de esta “transgresión ética” descubrimos una de las fantasías más grandiosas de Vanguardia: la de su sucesión. El discurso viene de años atrás; los acólitos que le enviaba a Toni Natalie para convencerla de regresar con él, a inicios del 2000 o 2001, le decían así: “No entiendes, tienes que volver, ¡eres la elegida!” Natalie le diría a *Forbes* que Ranieri le repetía que ella estaba en la Tierra para tener a su bebé: un bebé que cambiaría el curso de la historia.

Por esas mismas fechas, Christine Marie, la empleada que Ranieri sedujo cuando sus épocas de CBI, comentaría que “Me miraba a los ojos, tocaba mi mejilla y decía que un día tendríamos un niño juntos, y que ese niño sería un avatar, que cambiaría el mundo”.

El asunto es que, cuando Ranieri se entera de las infidelidades de Camila, estalla en la misma cólera que cuando Daniela le contó sus coqueteos con Ben, en este caso alegando que, hasta ese momento, ella había sido su elegida para sucederlo, su “cáliz”, uno donde él gestaría un heredero que continuaría su linaje y sus enseñanzas, transmitiéndole su energía salvadora al mundo. Camila se derrumba, le pide perdón y le promete hacer lo que sea, lo que él quiera, para volver a ser digna de ese honor, hasta entonces para ella desconocido, y él le dice que no; que no sabe el daño que le ha hecho, que el semen de otro hombre ha entrado en su cuerpo y que ella ahora es impura: que, por su superioridad genética, tan única —la de Ranieri—, ella ya no puede albergar a su heredero, manchada como está de DNA ajeno: “Su DNA te tocó y se introdujo en ti y fue asimilado”. Esto no le impide pedirle que le describa a detalle el semen del otro, preguntándole, específicamente, si sabe mejor que el suyo: “Su esperma es invasivo y asqueroso; descríbemelo: ¿Te gusta más que el mío? ¿Cómo es su sabor? ¿Consistencia? ¿Cantidad? ¿Intensidad?” Y, acto seguido, el hombre más inteligente del mundo le exige a Camila que le diga, en erección, quién la tiene más grande: que él sabe a ciencia cierta que la del otro mide 6.75 pulgadas mientras que la suya mide 7.5. Camila le pregunta que cómo sabe eso, y Ranieri le contesta: “Los hombres se masturbaban juntos”. Al final, Camila, harta del intercambio, lo acota: “No has estado al cien por ciento en mucho tiempo”.

El 30 de diciembre de 2014 Raniere le dice que, si quiere enmendar algo del daño que le ha hecho, que le consiga una sucesora, alguien puro. “Encuéntrame vírgenes”, le dice, que no hayan tenido nunca contacto con “penes ni semen”, que estén dispuestas y que sean bonitas, para entre ellas elegir al siguiente “cáliz”. De preferencia, pide, “me gusta que sean más bajitas que yo”. Camila comienza a buscar hasta en redes sociales, sin mucho éxito. Raniere la presiona a que lo haga rápido, lo antes posible: “Me tardé 10 años en moldear tu cuerpo al nivel necesario, hasta que lo contaminaste y arruinaste todo”.

Ante las constantes presiones empeora la bulimia de Camila y ésta comienza a cortarse los brazos. “Me cerré del resto del mundo por ti, no tengo amigos por ti, no tengo a quién acudir por ti. Por favor, no me hagas esto.” Raniere, sin inmutarse, sigue presionándola a que baje de peso y a que le consiga a su sucesora, y le sugiere, en mensaje de otoño de 2015, que, para que se sienta mejor, “Sería bueno que te agenciaras una esclava, un juguete sexual para mí que pudieras moldear y usar para darme placer”. Cuando Camila le dice que ha estado investigando maneras de matarse, Raniere le contesta: “Preferirías morir antes que arreglar el daño que has hecho, ¿verdad?”, añadiendo: “Te tendría que regresar a México, a un manicomio”.

Camila le jura que no, que será suya y sólo suya por siempre. Vanguardia le pide que, como ha perdido su confianza, ella debe hacer un voto escrito, un juramento de lealtad, con su correspondiente colateral —en su caso, dos cartas: una de renuncia a Rainbow, dirigida a Loreta Garza, y otra donde afirma que su padre es gay, y las contraseñas de todos sus correos y redes sociales para que suban los documentos si vuelve a romper su promesa—,

y tatuarse su nombre, “Con fuego, porque usar calor crea una marca más definitiva que un tatuaje. Es más único”, para asegurarse su entrega por siempre.

Raniere la comienza a llamar esclava, y pide que ella le llame amo. Esas interacciones pasan continuamente de la inseguridad —“Hoy lo empeoraste. Idealmente tú hubieras sido la de la iniciativa para verme. Cuando finalmente te pregunté, no valoraste la oportunidad de ver a una persona valiosa (yo), lo diste por hecho y sólo respondiste que sí, que si yo quería. Nadie en la organización me contestaría así porque, para ellos, soy importante. Para ti, no”— a la crueldad, como cuando ella le dice: “Sólo me dejas una opción. Pienso seriamente que me vas a cazar y convertir mi vida en un infierno si no hago lo que me pides”, y él le contesta: “Puedo verte como a las 9.30. Para tener sexo. No debes ser tan soberbia y sólo satisfácame. A ver si puedes”.

A partir de estos vaivenes, donde el sexo y la sumisión absoluta juegan un papel tan predominante —y para él tan estimulante—, comenzaría Raniere a semblantar y a armar el grupo de esclavas que conocemos como DOS. Camila, el prototipo en forma y fondo, inicialmente había pensado que ella sería la única o, cuando menos, la primera entre sus pares, hasta octubre de 2015, cuando se da cuenta de que Nicki Clyne tiene, como ella, un “collar de perro”, siguiéndole pronto Allison. Raniere, confrontado, acepta que hay más juguetes en ese juego. Camila se rompe un poco más, pero al final le dice que estaría orgullosa de estar junto a él en ese camino. “¿Incluso al lado de otras seis mujeres desnudas, esclavas comprometidas?”, le contesta él.

A mediados de octubre, Raniere le sugiere a Camila que una de las jóvenes vírgenes para concebir a su sucesor pudiera ser

“Lauris”; la hija adolescente de Rosa Laura Junco. Camila le contesta que no, que ella encontraría a alguien más adecuado para él. Por un mensaje del 4 de octubre de 2015 sabemos que Vanguardia ya había tomado la decisión: el penúltimo día de su testimonio, el agente Weniger mostró un correo electrónico de Rosa Laura a Ranieri, a quien ella llama Amo. En el correo Rosa Laura le dice que está preocupada, que su estado de ánimo últimamente no es el mejor, que teme que esa falta de energía reduzca las oportunidades de su hija para ayudar en la sucesión. Le dice que lo ama y que no quiere añadirle más cargas a sus problemas. Le dice que le comparte sus dificultades sólo porque no quiere afectar las posibilidades de Lauris, que no quiere alejarla de él; que si ella se muestra triste, la niña lo sentirá también. Le promete que se le va a pasar y le pide ayuda para mejorarse lo más rápido posible. “Estoy cien por ciento segura de que tú eres lo que yo quiero para mi hija (y, obviamente, para mí). Disculpa mis carencias.” Al calce del correo iba un calendario con el itinerario del día de la niña, para que Ranieri pudiera vigilarla cada minuto. Poco después los hijos de Rosa Laura regresarían a Monterrey, a vivir con su padre, hasta el regreso de ella a México poco antes del arresto del amo en Puerto Vallarta.